

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

### NIKITA KRUSCHEV EN EL TRÓPICO.

Se asegura que la gran disidencia, personificada respectivamente en Moscú y Pekín, ha encontrado atinada y escueta expresión en dos normas, que algunos califican de irreconciliables y que otros consideran de posible adaptación. En lo que a la U. R. S. S. atañe, se aduce el slogan relativo a la «coexistencia pacífica»; en lo que se refiere a Pekín, se cita la frase lapidaria de la «planificación de la guerra». Así caracterizados ambos principios, no son pocos los que consideran que es preciso otorgar pleitesía a la ley física de la impenetrabilidad de los cuerpos, que referida al dilema Moscú-Pekín, implicaría como única deducción posible la de que, inevitablemente, el posible triunfo de uno de los dos principios, se haría a expensas de la necesaria inhumación del otro. Dicho más escuetamente: como quiera que China y Rusia aspiran ambas a encarnar un auténtico liderato, referido a la integridad del mundo comunista, el acoplamiento de las tesis en presencia constituye aspiración irrealizable. Kruschew rehuyó la interpretación dilemática del problema, que considera posible diferir ateniéndose a consideraciones de tiempo y de circunstancias, aun cuando estima que no se trata de una posible e inmediata avenencia y así se desprende de lo aducido por el autócrata ruso en su discurso del 16 de enero, ante el VI Congreso del Partido Comunista de la Alemania oriental, cuando decía: «algunos camaradas están pidiendo que se celebren negociaciones entre todos los partidos (comunistas) para aclarar las diferencias, pero creemos que hay pocas posibilidades de aclararlas, si tales negociaciones se celebraran inmediatamente. Dejemos tiempo al tiempo». De ahí que la polémica se prolongue, en tanto, dice Kruschew: «durante ese tiempo debemos eliminar todo cuanto resulte ser extraño y accidental».

Sea cual fuere el grado de disparidad ruso-chino, no carecería de prudencia el aconsejar al mundo libre que no echase las campanas al vuelo, habida cuenta de que si se registran resquebrajaduras en el sedicente y hoy cuarteado monolito soviético, parecidos achaques de desavenencia adquieren visible beligerancia en el ámbito del mundo libre, sobre todo después de la réplica disconforme, a cargo del presidente De Gaulle, respecto de las propuestas y aspiraciones de Kennedy y Macmillan, al examen de cuyo alcance y significación dedicamos atención en otro sector de estos comentarios y sería adecuado advertir que si el mundo libre aspira a salir con bien de esta confusa e inquietante crisis, debe proyectar su atención, más sobre la vigencia de un dañoso parroquialismo, no extinguido todavía, que atenerse a la cómoda solución de especular inmoderadamente en torno a las discrepancias que se abren paso en el seno del mundo comunista.

Produciéndose Krushev, en el sentido anteriormente entrecomillado, estaba en condiciones de aludir, en cuanto punto básico de su dialéctica, a la coexistencia pacífica y referirse en Moscú (noche de fin de año) a lo que había aportado el de 1962, esto es, «triumfo de la política leninista de coexistencia pacífica, por la victoria de la fuerza de la razón, sobre las de la agresión y de la guerra». Nuevamente menciona la «coexistencia pacífica» en reciente discurso de Berlín, dedicando un encendido elogio a lo que considera como auténticas venturas de tal sistema, al decir: «La política de coexistencia pacífica ha adquirido una significación especial en las actuales circunstancias. Nos ha permitido ganar tiempo para edificar nuestra fortaleza. Hoy su significación es mucho mayor.»

Las precedentes consideraciones, por explicable asociación de ideas, nos aproximan a la tesis, tan insistentemente invocada por Krushev, en el sentido de que el tiempo, en la misma medida en que actúa como agente corrosivo del sistema capitalista, contribuye al progresivo e inevitable fortalecimiento del comunismo. De ahí la consecuencia a que alude Krushev, al reafirmar que es objetivo del comunismo lograr que la bandera roja ondee sobre todo el mundo, adscribiéndose a una tesis concebida con ambiciones proselitistas, sin límites en el orden del espacio y en tal sentido carentes de plural, y para fortalecer su versión, se refiere Krushev a la experiencia cubana, que, según el jefe del Gobierno ruso, constituye signo fehaciente de las bienandanzas que la coexistencia pacífica reporta a la U. R. S. S. El balance que ofrece Krushev, no puede ser más alentador, al menos no otra cosa puede inducirse de sus apreciaciones: «las fuerzas agresivas de los Estados Unidos se habían retirado, declarando públicamente que renunciaban a una invasión» y ese balance, si puede resultar adecuado, cuando se invoca en un ambiente donde no se tolera otra posible reacción que la del asentimiento, acaso se vea desprovisto de virtud convincente cuando se valora en un medio donde no se tropieza ni con cortapisas, ni se conoce la existencia de un asentimiento sistemáticamente decretado y presumiblemente acatado y ello porque Rusia, a nuestro entender y en lo que al problema cubano atañe, se había embarcado en una aventura difícilmente explicable, ya que sólo podía epilogar implicando el inevitable fracaso de sus patrocinadores. Fué de tal modo acentuado el error por Rusia padecido, que resulta difícil explicar cómo escapó esa realidad a los intérpretes de la experiencia cubana.

La U. R. S. S. es, geopolíticamente considerada, una inmensa geocracia, sobre todo teniendo en cuenta que, potencialmente, Rusia parecía orientada a lograr la inclusión de China en el área ideológica soviética, por lo menos en la orientación internacional, para lo cual se signó un pacto de alianza entre Moscú y Pekín, tratado que, al menos inicialmente, obedecía a sugerencias rusas, circunstancia que implicaba como lógica consecuencia la aceptación del dirigismo soviético, en lo que respecta al modo de articular los coaligados su política internacional, concerniente al continente asiático. El citado convenio, como todos los concertados por Rusia con países, más o menos acentuadamente satelitizados, implicaba como condición *sine qua non* la erección de un frente ideológico que sirviera de excipiente a ese proyectado e imponente monolito eurásico, unidad mastodóntica que abarcaría la inmensa área territorial, limitada por el Elba y el estrecho de Behring. Así, por primera vez en el orden histórico íbamos a ser testigos asombrados de una experiencia ingente y geopolíticamente irreproachable, que implicaría el establecimiento de la total invulnerabilidad del continente asiático y según nos alecciona la geopolítica, cuando se logra constituir una geocracia de tan acentuadas dimensiones, dicho inmenso bloque dispone de líneas interiores de comunicación, que no pueden estar al alcance de ofensivas provenientes de naciones que asien-

tan su poder sobre el dominio de los océanos y que geopolíticamente se incluyen en la condición de las talasocracias. Así se situaban frente a frente, como encarnando respectivamente las características citadas, Rusia y los Estados Unidos. La primera, ligada a China, puso en práctica las coyunturas geopolíticas a su alcance, que no eran desdeñables, en el sentido de articular una política internacional de presión que, partiendo de líneas interiores, potencialmente invulnerables, se proyectase sobre la periferia. Testimonio de que esas posibilidades estaban al alcance de la geocracia rusa, nos lo depararon, de modo convincente, las acciones de presión, articuladas en tierras centrales y disparadas hacia la periferia, desencadenadas sucesivamente sobre Indochina, Corea y últimamente sobre el Vietnam del Sur. A esa técnica de acción extensiva replicó la talasocracia norteamericana con los medios a su alcance, esto es, organizando su dispositivo de resistencia y contención en la periferia, ya fuese en la asiática o en la específicamente europea, sugiriendo a tales efectos la conclusión del hoy actuante Tratado de Defensa Colectiva del Sudeste Asiático (O.T.A.S.E.), signado en Manila el 8 de septiembre de 1954. Así se articulaba un sistema de alianzas, encabezado por Rusia y por los Estados Unidos, y la posición respectiva de las dos potencias hegemónicas citadas quedaba caracterizado, en lo que a Rusia concernía, en sus posibilidades de presión, partiendo de la tierra firme invulnerable y proyectada hacia zonas litorales, y en lo que atañía a los Estados Unidos, articulada en torno al principio de contención, resultando ser ambas políticas internacionales notoriamente desemejantes, la de Rusia, visiblemente dinámica y la de Norteamérica acentuadamente contentiva. Así se situaban frente a frente, la acción y la réplica, la primera en cuanto elemento impulsivo, la segunda articulada en cuanto inevitable reacción y, en tal sentido, inevitablemente condicionada por la iniciativa rusa.

Situados ante esa versión dilemática del problema, algunos exégetas de la política internacional postbélica, creyeron incluso disponer de un abrumador artilugio dialéctico, para lo cual no vacilaron en buscar inspiración en alegaciones sustentadas 351 años antes de Jesucristo, por Demóstenes, e inspiradas en lo que le sugería, en cuanto experiencia aleccionadora, lo acontecido en la guerra que librarán los atenienses frente a Filippo de Macedonia, construyéndose entonces lo que pudiéramos denominar apología de la iniciativa. Contribuyó a reactualizar y difundir la mencionada tesis Foster Dulles, cuando aún no había sido designado secretario de Estado, y ello sintetizado en un artículo, cuyo solo título revela cuáles eran las finalidades polémicas perseguidas por su autor. El mencionado trabajo se titulaba «Por una política de audacia» (A Policy of Boldness), artículo publicado en la revista *Life* (19 mayo de 1952) y cuya esencia argumental se refleja en las siguientes apreciaciones: en política internacional, las acción prima siempre respecto de la reacción, lo dinámico se antepone a lo estático, la iniciativa a la réplica. De tal invocación argumental, a sostener que a lo largo de las crisis registradas en la actual postguerra, la miopía ateniense había encarnado en los Estados Unidos y la previsión macedónica encontrara pluralización en la técnica moscovita, no mediaba lejanía dialécticamente apreciable. Nada tiene de extraño que Rusia, halagada por los pacatos ditirambos de sus oponentes, dedujese que, guiada por su astucia dialéctica, había localizado una especie de piedra milagrosa, que le permitía incrementar la impunidad de su acción expansiva, epílogo tanto más grato, cuanto que al mismo se unía otra circunstancia: la de navegar en los mares de la trasguerra, llevando indefectiblemente a remolque al navío norteamericano.

Acaso tal exceso de vanidad y tan peligroso achaque de autosuficiencia implicaron como consecuencia el que Rusia se adentrase, un tanto irreflexivamente, en el apadriñamiento de iniciativas, que si podían robustecer la posición columbrante de Rusia,

también portaban implícito el riesgo de provocar una réplica, lo suficientemente rotunda, para evidenciar, al menos singularmente, que la tesis de Demóstenes, pese a los panegíricos que a la misma adicionó Foster Dulles, no podía ser invocada en cuanto portadora de una descontada infalibilidad. Los exaltadores de la tesis articulada, como producto de lo que significaban el reto y la réplica, desdeñaron otros factores, respecto de los cuales resultaba siempre arriesgado confinarlos a la zona de la prescindencia. Aludimos a determinadas normas geopolíticas, cuya beligerancia, sin implicar el riesgo de caer en un condenable determinismo geopolítico, no por ello debían ser sistemáticamente relegadas. Es así como Krushev, con notoria miopía, intentó nada menos que trastocar la más evidente de las normas geopolíticas: aquella a cuyo tenor no puede extenderse el área de una inclinación satelitizante a unidades insulares, si de antemano no disponemos de elementos que son propios y específicos de una talasocracia. Pueden organizarse vuelos, sin escala, de Moscú a La Habana, pero no es dable intentar, con ambición de impunidad, instalar, con propósitos de permanencia, determinados proselitismos de tipo político, medida de prudencia que Krushev desdeñó, llegando incluso en su desvarío a considerar como irremediabilmente inhumada la Doctrina de Monroe, atribuyéndose así el mérito de un enterramiento, que caso de ser evidente, sumaría reacciones complacidas en la América situada al sur del Río Grande. Krushev conoció su Sedán, cuando, tardíamente, debió convenir en que los Estados Unidos, no sólo disponían de medios sobrados para interrumpir la exportación rusa de armas consignadas a La Habana, sino que estaban dispuestos a demostrar que sus advertencias, solemnemente exteriorizadas por el presidente Kennedy, constituían algo más que una inofensiva proclamación de tipo retórico o una simple baladronada.

Krushev no rehuyó aludir al desenlace registrado en ciertas zonas del mar Caribe, que invocó como demostración de que había actuado como salvador de la paz; extraña proclamación, ya que no fué precisamente la réplica americana lo que puso en peligro la paz del mundo, sino la iniciativa armamentista rusa, que le sirviera de precedente. El autócrata ruso no vacila en afirmar que el desenlace registrado con ocasión de la crisis cubana fuera posible, porque los dos grandes discrepantes se hicieran mutuas concesiones; de ser adecuada la precedente aseveración, resultaría que Moscú y Washington, al margen de sus aliados, articularon un epílogo, nutriendo así de modo evidente la denominada política internacional de bipolaridad, deducción que no se compadece con la afirmación de Krushev y según la cual, ni los Estados Unidos ni Rusia debían dominar el mundo, sugiriendo la instauración de un sistema de cooperación entre las dos potencias hegemónicas, «inspirado en la orientación que primara en la época del gran presidente de los Estados Unidos, Franklin Roosevelt. En esa dirección deben inspirarse las resoluciones ruso-americanas». Krushev nos ofrece así una especie de panegírico de Stalin, ya que fuera durante el mandato de aquel dirigente cuando tuvieron lugar los coloquios de Teherán y Yalta, a lo largo de los cuales se abrió paso la denominada política de apaciguamiento (*Appeasement Policy*), antecedente, no por lejano, menos evidente, de lo que fuera la política internacional de expansión rusa. Nunca creímos que el arcaísmo de Krushev alcanzase tan agudas formas, sobre todo después de la crisis cubana, que ha reducido a la condición de obsoletas determinadas añoranzas.

#### DE GAULLE, LA ISLA Y EL CONTINENTE.

El problema concerniente al posible ingreso de Inglaterra en el Mercado Común ha rebasado el área específica de la propugnada cooperación y amenaza con proyectar

su influencia, actuando como factor dislocante de la coordinación europea. La confrontación de ademanes, uno solicitando cobijo en la Europa séxtuple y otro denegando hospitalidad al requirente, si éste no cumple ciertas condiciones, no debe referirse a una división provocada por determinadas posiciones dialécticas a cargo de Albión y de «los Seis» de Bruselas, sino al veto formulado, en términos inequívocos, por el presidente de la República francesa, en su conferencia de prensa del 14 de enero. Puede asentirse o discrepar de la tesis defendida por el general De Gaulle, pero estimamos inadecuada toda posible disconformidad respecto de un extremo: la claridad expositiva del presidente francés y una, por lo menos aparente lógica, a lo largo de su esfuerzo argumental. Precisamente atenedos a las anteriores consideraciones, estimamos que nunca ha sido tan grande la responsabilidad, como aquella que puede alcanzar a todo el que intente tomar posición respecto de la firmeza dialéctica a cargo del insigne arguyente galo. No se trata tan sólo de producirse argumentalmente respecto de una crisis internacional, casi siempre sometida al riesgo de inevitable desactualización, sino de referirse a un trance que puede actuar como elemento resolutivo, en lo que atañe al ser o no ser del mundo occidental europeo.

Ante todo ha llamado explícitamente nuestra atención la beligerancia otorgada por el general De Gaulle a consideraciones de índole geopolítica, apoyadas en el contraste respecto de las notas diferenciales, asignables, respectivamente, al continente europeo y a las Islas Británicas. Europa, la Europa séxtuple, está integrada, según hace observar De Gaulle, por Estados continentales, condición genérica que aparece reforzada cuando el gran disertante no vacila en afirmar que los Estados de la Europa séxtuple son «muy continentales». ¿Cuál es la causa explicativa de que el presidente cargue tanto el acento en lo que atañe a la condición de tierra firme, asignable a la Europa actualmente integrada? Al parecer, el factor de contigüidad, de interpenetración, circunstancia que posibilita que la producción, la compra, la venta, el consumo, se registre en el área interna de los «los Seis». A esta nota de semejanza, es preciso agregar otra razón de coincidencia, habida cuenta de que esa unidad geográfica y como tal ininterferible, no podría rendir sus frutos, si no fuese portadora de otro común denominador, que actúa como factor complementario, a saber, el desenvolvimiento económico y el progreso social similar que alberga el mundo séxtuple.

Ahora bien, cualquier intento emprendido, con propósitos de caracterizar un problema, debe atenerse a una norma, universalmente admitida, que propugna utilizar, como términos complementarios, lo que se denomina género próximo y última diferencia. En lo que atañe al primero de los dos factores referidos, ya De Gaulle nos señalara sus trazos fundamentales y en lo que concierne a la última diferencia, podemos localizarla si tenemos en cuenta el contraste que en el orden geopolítico se acusa, cuando se parangonan las respectivas notas específicas del insularismo y del continentalismo y, según lo hace notar De Gaulle, Inglaterra es insular, marítima, conectada por sus intercambios y por sus aprovisionamientos a países que ofrecen la plural condición de su diversidad y de su lejanía, de lo cual se deduce que la Gran Bretaña es, no sólo geográficamente una isla, sino geopolíticamente una nación que ha intentado convertir el mar en base de su destino y en motivo de inspiración respecto de su estructura política y económica. De Gaulle, al brindarnos su construcción dialéctica, no ha llevado a cabo ciertamente una tarea exhaustiva, habida cuenta de que alegó otra serie de consideraciones, adecuadas para robustecer su tesis del insularismo y del continentalismo y ello a pesar de que aludió, de modo específico, al hecho acaso más trascendente de los registrados en el seno del continente, en la vigente etapa postbélica. En efecto, De Gaulle se refirió de modo preciso a lo que él denomina solidaridad de galos y ger-

manos, beligerantes en campos adversos en las tres guerras registradas en Europa a partir de 1870. No se trata de una reconciliación, ni tampoco de una avenencia. De Gaulle, con indudable acierto calificativo, dice: «No se trata solamente de una reconciliación, requerida por las circunstancias. Lo que se ha producido realmente es una especie de descubrimiento recíproco de dos vecinos. Cada uno percibió hasta qué punto es válido el otro.» «Por primera vez en varias generaciones, germanos y galos se percatan de que son solidarios y que lo son desde el punto de vista de su seguridad y que deben hacer frente a una coincidente amenaza de dominación extranjera y que sus territorios están conectados entre sí, dentro de una misma área estratégica.» «Afirmo mi convicción de que la nueva política en las relaciones franco-alemanas reposa sobre una base popular incomparable.»

No son ciertamente irrelevantes las apreciaciones que dejamos consignadas y su trascendencia aún se destaca más si el autor de las citadas alegaciones se decidiese a situarlas en el campo histórico del viejo mundo europeo. Si De Gaulle otorgase la debida beligerancia a este aspecto del problema, le sería dable desentrañar hasta qué punto esa política internacional británica que el presidente francés cita en cuanto contraste de la específicamente continental, pudo ser realidad, especulando Albión con las persistentes querellas intereuropeas, retirando provecho de las mismas e incluso articulando una política internacional portadora de constantes históricas, en medida y persistencia no igualadas desde el ámbito de estas tierras europeas. Es así como Albión se embarca decididamente en un buque que ostentaba como rótulo el de «Balance of Power», técnica de política internacional posteriormente afectada de arcaísmo, primero cuando el desenlace de la primera guerra europea evidenció la inactualidad de la denominada «pax británica» y después, cuando se abrió paso, con visible resolución, la tendencia orientada al logro de la solidaridad franco-alemana. Este hecho ha engendrado el desplazamiento de las constantes históricas británicas e implicó al propio tiempo la dislocación de una política internacional plurisecular, iniciándose así un período de crisis, cuya proyección se agudizó visiblemente a partir de 1958.

Ante ese inquietante trance histórico, el ademán de la Francia degaullista ha resultado ser de más rápida y decidida adaptación, y precisamente la celeridad de tal acomodamiento es lo que explica en buena parte, de un lado, la vigente perplejidad británica y, de otro, su anhelante demanda, requiriendo dispensa de hospitalidad por parte de aquella Europa que tradicionalmente considerara Albión como apéndice, de posible y fructífera manipulación y que ahora aspira a encarnar un protagonismo, en situación de sede vacante, como consecuencia de un proceso, a la vez declinante y exigiendo inaplazable solución. De Gaulle hace notar hasta qué extremo Inglaterra se resistió a reconocer la profunda alteración registrada en la dinámica internacional europea. Así se negó a ingresar en la Comunidad, cuando ésta iniciaba el recorrido de un dilatado y complejo camino, que habría de conducirla a la actual integración; después, erigiéndose en cabeza visible de la zona del comercio libre, que habría de constituirse entre siete Estados y finalmente presionando a los seis de Bruselas, al objeto de diferir la puesta en vigor de la Europa integrada. Actualmente De Gaulle avala una tesis atrozmente inflexible: si la Gran Bretaña aspira a ingresar en el Mercado Común, debe atenerse, de modo inequívoco y sin regateos, a las estipulaciones del Tratado de Roma, habida cuenta de que éste no fué realidad sin el antecedente de previas y laboriosas negociaciones, que exigieron el otorgamiento de mutuas concesiones y lo que virtualmente requiere Gran Bretaña es la revisión de alguna de las cláusulas de un tratado trabajosamente concluído, circunstancia que veda una inmediata revisión de las citadas cláusulas contractuales, a menos de provocar una dislocación europea que resul-

ría ser de imposible corrección. Presumiblemente, De Gaulle ha tenido presente en su memoria lo acontecido cuando Francia, *in extremis*, solicitaba de Inglaterra su adhesión a la Comunidad Europea de Defensa, de 27 de mayo de 1952, primer exponente en el orden del tiempo de lo que después habría de ser reconciliación franco-alemana, olvidando acaso el presidente francés que la negativa ánglica, causa en parte determinante de la inhumación del Tratado de 1952, se tradujo en la consecuencia de abandonar un camino, a la vez prematuro y erróneamente delineado y orientándose la Europa séxtuple en sentido orgánico, reemplazando lo que en 1952 se consideraba desaceradamente como un epílogo, por un prólogo ideado con ambición constructiva, que habría de conducir al desenlace del Tratado de Roma de 1957, perfeccionado en 1959. En este sentido la negativa inglesa de 1953, precedida por la defección francesa, despejó el camino para que fuese posible epilogar en el acuerdo romano de 1957.

*Last but not least*, De Gaulle abordó un problema trascendente, consistente en determinar si la Europa de los Seis es ampliable o inextensible y en el primero de los dos apuntados supuestos, cuáles serían las consecuencia del ensanchamiento, en el orden del espacio, del Mercado Común. En lo que atañe al citado problema, De Gaulle reaccionó polémicamente de modo inequívoco, aludiendo a la posible constitución de un mercado común, integrado, en última instancia, por dieciocho Estados europeos y afirmando que un tal organismo no se parecería en nada al representado por la Europa séxtuple. «Además—añadía De Gaulle—, una Comunidad así acrecida debería hacer írente al problema de sus relaciones con otros Estados y, en primer término, con los Estados Unidos. Es previsible que la cohesión de todos esos miembros, que serían excesivamente numerosos y muy diversos, no resistiría mucho tiempo y aparecería una Comunidad Atlántica colosal, bajo la dependencia y la dirección americana, que haría todo lo posible por absorber a la Comunidad europea.» Así establece contacto De Gaulle con un problema que figura incluído en el número de sus constantes preocupaciones: el grado de relación entre la Europa séxtuple y los Estados Unidos de Norteamérica. A este aspecto del problema ya aludiera el presidente francés, en su alocución de año nuevo, expresándose entonces del modo siguiente: «Se trata, en primer término, de la unión de la Europa occidental, por su economía, su política, su defensa, su cultura, estableciendo así el equilibrio con los Estados Unidos, reforzando de ese modo la alianza del mundo libre, sin reservas y definitivamente, tendiendo a organizar con los países del Este, si un día en su seno se registrara una gran *detente*, la paz y la vida, en la integridad de nuestro continente.» De Gaulle, al formular las anteriores apreciaciones, incide en algo que acusa como una especie de idea fija: europeizar a Europa y, en la misma proporción, desatlantizarla, todo ello manipulando un ingrediente: el de la avenencia, que atenuaría el dilema Washington-Moscú y reinstalaría en Europa una especie de equilibrio de fuerzas, adaptado a las exigencias de la hora presente. Ahora bien, entre el De Gaulle del año nuevo y el presidente que apareció ante las cámaras de la televisión francesa el 14 de enero, no existe semejanza polémica absoluta, ya que si, como decía el 1.º de enero, puede establecerse un equilibrio de fuerzas con los Estados Unidos, tal finalidad resultaría ser difícilmente alcanzable, confinada la Europa séxtuple a la tesis de su inextensibilidad. Por el contrario, si la Europa contractual se amplía en el orden del espacio, acaso la presencia de nuevos Estados, con su innegable variedad, introduciría un factor de equilibrio, pondría fin a las aprehensiones vigentes en algún Estado de la Europa séxtuple (caso de Italia) y desaparecería el temor abrigado por cuantos estiman posible que Europa se construya en definitiva cimentada en la preeminencia franco-alemana. ¿Pensó acaso De Gaulle en

lo que implicaría esa posibilidad? ¿Podrá considerarse ese temor en cuanto causa explicativa de la evidente oposición del presidente francés a cuanto pudiera implicar una excesiva atlantización de la Europa integrada? Sea cual fuere la respuesta que pueda darse a las interrogantes que anteceden, algo nos parece evidente y que suponemos no habrá pasado inadvertido a la bien contrastada penetración del general De Gaulle, a saber, que si se quieren rehuir los riesgos de una excesiva atlantización del viejo mundo, disponemos de un antídoto: trabajar en el sentido de acelerar el proceso de una progresiva europeización. Ahora bien, ¿cómo puede europeizarse este continente si la organización de la Europa de Bruselas cristaliza irremediabilmente en un hexágono, de imposible alteración?

#### EL CONFUSIONISMO DE NASSAU.

Contadas horas distanciarán la alocución televisada del general De Gaulle del Mensaje sobre el estado de la Unión, cuando esta última alcanzara la no desdeñable edad de 175 años. Ninguno de los dos presidentes sabía cuál pudiera ser la vaticinable reacción dialéctica del otro, coetaneidad indudablemente oportuna, ya que, de ese modo, uno y otro de los dos grandes disertantes, exponía incondicionadamente su respectivo punto de vista. En el caso de que ofreciese un contraste de opiniones no escucharíamos lo que se calificó adecuadamente como un diálogo entre sordos. Naturalmente que si el tiempo se hubiera interpuesto, escalonando las construcciones presidenciales, el que actuase en segundo término podría replicar adecuadamente, señalando así el grado de su posible disidencia, pero estimamos preferible enfrentarnos con ese plural y temporalmente coincidente alegato, ya que su análisis nos permitirá entrever hasta qué extremo llegan las inclinaciones, respectivamente inspiradas en preocupaciones de europeización y de atlantización. Se ofrece además la circunstancia de que, tanto en lo que atañe a la Europa de los Seis como en lo referente a los Estados Unidos, los únicos dialogantes que ostentan la suprema magistratura son el general De Gaulle y el presidente Kennedy, y es así cómo ha cobrado visible trascendencia la discrepancia nutrida respectivamente por las tesis a cargo de Francia y de los Estados Unidos. Ello significa que en el curso de los últimos meses se ha operado un notorio desplazamiento en lo que concierne a las relaciones de los Estados Unidos con Francia e Inglaterra. La segunda, tras haber ascendido a la condición de potencia nuclear, presumía que tal característica la situaba en una posición preferencial, en lo que atañe a sus relaciones de poder con los Estados Unidos, sobre todo parangonada con la de los otros miembros de la Europa séxtuple. De ahí naciera el proyecto de facilitar a la Gran Bretaña el *Skybolt*, proyecto que, caso de haber sido consumado, situaría a Inglaterra en condiciones de preferencia atómica, respecto de los otros Estados europeos. En Norteamérica se adujeron argumentos de tipo técnico, que aconsejaban prescindir de la construcción de tal artilugio, pero la verdad era muy otra, ya que a los Estados Unidos lo que realmente les inquietaba era la posibilidad de que se acentuase lo que pudiera denominarse autonomismo atómico, inclinación que estimaban perniciosa, de un lado, por lo que podía afectar a la eficiencia del dispositivo defensivo de la comunidad atlántica y, de otro, habida cuenta de la carga financiera, acaso insoportable, que supondría para los partidarios del autonomismo atómico y cuando los europeos exteriorizaban su preocupación, a medida que se acentuaba el Leadership americano. Kennedy, en sus manifestaciones confidenciales de Palm-Beach de fin de año, hacía referencia a la suma de quince mil millones de dólares, asignados por los Estados

Unidos para atender a sus gastos nucleares, suma que excede a la que Europa destina al sostenimiento de todas sus fuerzas militares. Esta suma de consideraciones, han constituido punto de apoyo adecuado para explicar, aun cuando fuese solapadamente, de un lado, hasta qué extremo es defendible e inevitable el Leadership norteamericano y, de otro, poner de manifiesto lo inadecuado de las inclinaciones particularistas en materia nuclear; especialmente achacables a Francia.

Lo anteriormente relatado explica por qué motivos el presidente Kennedy fué a las Bahamas, para hacer así profesión de fe; respecto de las inclinaciones multilaterales norteamericanas, en lo que al problema termonuclear atañe. Ahora bien, al citado multilateralismo pueden oponerse dos reparos fundamentales, de un lado, más que de una posible construcción multilateral, de lo que se trata es de articular una especie de troika, referida a la acción tripartita, aun cuando desigual, de Norteamérica, de Inglaterra y de Francia; de otro, caso de aceptar las sugerencias que el presidente Kennedy formulara en Nassau, se abriría una especie de paréntesis histórico, que llegaría a 1970 y a lo largo de cuyo decurso, la preeminencia norteamericana permanecería inalterable y ello por la siguiente consideración: serían los Estados Unidos los que facilitarían los proyectiles Polaris, reservándose su posible aplicación, salvo caso de entrar en juego el interés nacional supremo de alguna de las dos citadas naciones europeas.

Sería de tal modo confusa la situación creada, como consecuencia de la puesta en vigor del multilateralismo propugnado por Norteamérica, que tal complejidad explica adecuadamente el porqué de ciertas reacciones, ofrecidas en cuanto réplica a las sugerencias norteamericanas. El general De Gaulle, tras su ascenso al poder en 1958; con notoria reiteración, aludió a lo que él consideraba como medio adecuado para fortalecer la comunidad atlántica y que consistiría en crear, en el seno de la misma, una especie de triunvirato directivo que, una vez instaurado, constituiría medio adecuado para otorgar condicionada beligerancia a la tesis de la preeminencia francesa, respecto de otros países de la comunidad atlántica. La sugerencia no prosperó y ello por consideraciones fácilmente comprensibles, habida cuenta de que, cuando el presidente De Gaulle exteriorizaba esas sugerencias, una buena parte del ejército metropolitano francés se encontraba inmovilizado en Argelia, al propio tiempo que la escuadra franca del Mediterráneo, prácticamente había decretado su autonomía respecto de otras fuerzas marítimas de la O. T. A. N. Esa pluralidad de características ha perdido en la actualidad total vigencia, consecuencia de la manumisión política alcanzada por Argelia, que implicó la cesación de las operaciones militares en lo que fueran prolongaciones departamentales francesas en África, y tal alteración se consuma en el año mismo en que se registran los acuerdos de Nassau y a virtud de los cuales, por parte de Norteamérica, se ofrece a Francia la posibilidad de alcanzar cooperación estadounidense, en cierta medida semejante a la que lograra Inglaterra. Ahora bien, si en el seno de la O. T. A. N. llega a funcionar, un día más o menos lejano, esa preferencial organización tripartita, sería necesario que los Estados destinados a integrarla actuasen en un pie de igualdad, pero no es ese el supuesto ante el cual nos encontramos situados, habida cuenta de que los Estados Unidos, tras la experiencia cubana, han acentuado sus inclinaciones dirigistas incompañadas, que no sólo constituyen realidad en Katanga, a propósito del problema indo-pakistaní y en lo que atañe al Yemen y al Vietnam del Sur, sino que ha encontrado refuerzo en el acuerdo de las Bahamas, de todo lo cual se hiciera eco el general De Gaulle, en su conferencia televisada de 14 de enero, desde la Sala de Fiestas del Elíseo. En relación con este problema, dos observaciones fundamentales nos ha brindado el general De Gaulle. En primer término, como afirmaba el

presidente francés en «cuanto atañe a la masa de medios nucleares americanos, permanecerá al margen de la sugerida fuerza multilateral y bajo las órdenes directas del presidente de los Estados Unidos», lo cual quiere significar que la preeminencia atómica norteamericana permanecería intacta, no obstante lo acordado en Nassau y a tal deducción se refería De Gaulle cuando decía: «La fuerza multilateral destinada a la defensa de Europa dependerá del mando norteamericano en la O. T. A. N.» Además, De Gaulle, tras aludir al autonomismo nuclear francés, hacía notar que en el supuesto de adicionarlo a esa organización multilateral sugerida, siempre resultaría que esta última dependería, en última instancia, del mando extranjero. De ahí una conclusión: «Construir y, en su caso, emplear nosotros mismos, nuestra fuerza atómica.»

Cuando el presidente Kennedy leía ante el Congreso de Washington su referido Mensaje, desconocía, como hicimos notar oportunamente, las manifestaciones del presidente francés, pero ello no fué obstáculo para que a ese problema de la disparidad europea hiciese alusión Kennedy, cuando decía: «Es evidente que las divergencias de opinión retienen más nuestra atención que los puntos de coincidencia.» A este propósito un comentarista de política internacional hacía notar: «Las dos manifestaciones oratorias del día 14 (la de De Gaulle y la del presidente Kennedy) no utilizan ahora la misma longitud de onda. Entre ambas capitales, la diferencia tiende a cobrar las proporciones de un divorcio», apercpciones que no deben sumirnos en el pesimismo, sino acentuar en nuestro ánimo la convicción de que en el seno del mundo libre se está registrando una profunda alteración y cuando esto acontece, a nuestro entender, lo que sucede es que ha sonado en el reloj de la historia la campanada que nos advierte hallarnos situados ante una exigencia inaplazable: la de proceder a un hondo y ancho examen de conciencia y tras esa aconsejable tarea meditativa, acaso percibamos que las disensiones hoy vigentes, más que a Londres y a París, en lo que atañe al Mercado Común, afectan a la respectiva posición de Francia y de los Estados Unidos y ello porque si bien es cierto que la política internacional de bipolaridad parece haber salido reforzada de la crisis cubana, al propio tiempo esa inclinación europeizante, que visiblemente patrocina el general De Gaulle, sea cual fuere su destino, lo que sí parece evidente es que no debe considerarse ni como prematura, ni como inadecuada, pues es una inclinación tendente a instaurar en el viejo mundo una fuerza de compensación, que afecta la supervivencia de hegemonías, convenientes u hostiles.

CAMILO BARCIA TRELLES.